

# **Aprendizaje del Fiñol**

Frans van den Broek Chávez

Schrijver: Frans van den Broek Chávez

Coverontwerp: BNB

ISBN: 32700008807

©fransvandenbroek

## I

Después de un largo día, que no había sido sino la continuación del anterior, por el inapelable insomnio que se había apoderado de mi cerebro la noche pasada, llegué a casa, dejé la caja con los ejemplares restantes de mi tesis en el suelo y me tiré al sofá, exhausto y devastado. La sala estaba casi vacía: solo quedaban el sofá que me había regalado Dominga cuando dejó el país hacía unos años y que tuve que transportar en triciclo alquilado, la vieja televisión de conexión frágil, comprada de segunda mano, para la que tuve que usar plastilina de mi hija a fin de hacerla funcionar, el viejo reproductor de video, una mesa pequeña, una silla y el teléfono. En la pared colgaba la pintura de imitación escuela cuzqueña que habíamos traído de Perú, comprada en alguno de los mercados indios de la avenida La Marina, una de tantas vírgenes cuyo nombre sacro nunca supe ni me preocupé por averiguar. Por aquí y por allá, papeles tirados, pedazos de cartón, retazos irreconocibles, naufragos de la mudanza forzada, del abandono. ¿Cómo era posible que en un par de semanas mi vida hubiera cambiado tanto, que hubiera perdido lo que consideraba más preciado en mi existencia? ¿Mi hija, mi pequeño tesoro, la niña a la que llevaba al colegio todos los días, que me cogía el lóbulo de la oreja para dormirse, a la que bañaba encharcando el baño, riéndose? ¿Llevada por la madre a su país, a la lejana Finlandia? ¿Nunca más las correrías por el parque, los gritos de terror cuando hacía de monstruo, las películas de Walt Disney mientras bebía su yogurta rico, mezclado con agua y esencia de frutas? Así la llamaba, recuerdo en estado de estupefacción, yogurta rico, su bebida preferida.

-¿Qué cosa dices? ¿Puedes repetirlo, por favor? –había dicho al recibir la llamada de teléfono desde Finlandia, incapaz de comprender lo que estaba pasando.

-Nos vamos a quedar en Vaasa, Fernando. No volvemos más. Puedes visitar a Fátima cuando quieras, no hay problema.

No hay problema, eso había dicho. En aquel momento agradecí la distancia, los miles de kilómetros que me impedían cogerla del cuello y apretárselo hasta que entendiera el dolor que me estaba causando, la herida que estaba abriendo, la que supe desde el instante en que me comunicó dichas palabras que no se cerraría jamás. No se puede arrebatar a una hija de la vida de su padre sin haberlo consultado ni hablado, con la excusa de ir a hacerse una operación, que bien podría haber ocurrido en Ámsterdam, pero que solo fue la oportunidad para huir de él, de Ámsterdam, de la responsabilidad de ser padres en la misma ciudad y compartir la custodia, aunque estuvieran separados, aunque la relación se hubiera ido a la mierda. Por eso lo había empacado todo, diciéndole que el dueño del piso lo iba a reformar en unos meses y necesitaba cubrir sus cosas, pero no, la reforma ocurriría en cuanto se largara y se llevara sus cosas a su país y yo me quedara en la puta calle.

Ya tendrían que haber estado de vuelta para entonces, a tiempo para su defensa de tesis, para celebrar con su hijita la consecución de un título que le había costado tanto, para el que había sacrificado tantas horas, horas en las que hubiera podido estar con Fátima, jugando en el parque, armando casas de lego, corriendo en las plazas, yendo al zoológico. Pero no volverían jamás, le había dicho, jamás habría algo así como un hogar, el que habitaban hasta hace poco, a pesar de los pesares y problemas y discusiones y resentimientos. Ahora solo quedaban el sofá, papeles sueltos, un colchón

desnudo en el dormitorio. Y juguetes tirados por allí, guardados en el desván, el patito amarillo que hacía de esponja vigilando la ducha en silencio eterno, en espera de un baño que no vendría.

Sentí ganas de llorar otra vez, pero lo había hecho tanto las últimas semanas que no me quedaban fuerzas para hacerlo. Hubiera querido abandonarme a la tristeza, a la desolación, volver a mi país con el rabo entre las piernas y llorar hasta quedar exánime en el hombro de quien pudiera tolerarme, pero no podía. Sabía que tenía que seguir, que ganar dinero para ir a ver a Fátima cuanto antes, que arreglar los papeles de mi doctorado, que cambiarme de casa, pues en la que había vivido ya no me pertenecía, el contrato había sido anulado por la madre sin preguntarme por las consecuencias, en unos días vendrían a hacer reformas que permitirían al dueño aumentar el alquiler o venderla más caro. Estaba en la calle, la puta que lo parió, en pocos días me había convertido en doctor en literatura y en un desamparado sin techo ni dirección real a mi nombre. Aún estaba inscrito donde mi amiga la filósofa, paso previo a conseguir que me dieran otra vivienda, pero este hecho me había desfavorecido a la larga, pues en realidad no estaba en ninguna parte, el piso donde había vivido los últimos siete años, cuatro de ellos con mi adorada Fátima, no tenía dueño, un fax desde Finlandia había deshecho el contrato y me había dejado sin lugar donde quedarme, y hasta ahora no sabía en donde recalaría, en dónde pondría mis huesos cuando la constructora viniera y me obligara a mudarme sin destino claro. Me había convertido en un trashumante en un país que no había llegado a comprender del todo, una cultura que me era ajena, a pesar de mi padre holandés.

Vi en una esquina una caja de la que sobresalían picos de botellas, que supuse vacías. El hermano de mi ahora definitiva ex pareja había venido hacía un par de días, acompañado de un amigo policía enorme, al que oponer resistencia hubiera sido vano, capaz de romperme las vértebras de un solo abrazo, por lo que todas mis fantasías en las que le partía la cara al hermano se desvanecieron en cuanto los vi venir del aparcamiento del parque de enfrente. Bien me hubiera gustado vengarme, decirle al hermano de mi ex pareja que lo que estaban haciendo transgredía normas morales inscritas en los patrones de la vida y del universo, que jamás se los perdonaría Dios o Alá o Buda o la Unión Europea, quien fuera que ocupara el más alto escalafón en su jerarquía sacra, que llevarse a una hija del lado de un padre que la adora es un crimen que trasciende toda norma legal, que le estaban quebrando el alma y no habría forma de repararla, de hacerla plena otra vez. Y le hubiera gustado gritarle, increparle la colusión con su hermana, la ayuda para llevárselo todo y dejarlo en la calle, pero no pudo ser, me había portado más bien como un corderito, sin fuerzas ni ánimo para nada. Los muy idiotas habían dejado una caja llena de botellas vacías, que seguro que se habían bebido mientras él defendía su tesis doctoral. Habían venido desde Finlandia con una furgoneta de mudanzas alquilada, atravesando la mitad del continente para despojarle de su vida, de su mundo.

Me incorporé para examinar las botellas vacías y me di con la sorpresa de que aún estaban llenas. Había un licor alemán de cerezas, una botella de raki turco, incluso un par de botellas de tamaño medio de Jägermeister, que se habían dejado, quién sabe por qué. Quizá no entraban ya más en la furgoneta, la que habrían llenado con los muebles, la ropa, los enseres de cocina, los libros. De pronto me acordé de la máquina de lavar, la

que había expresamente pedido que no se llevaran, pues me costaría mucho lavar ropa fuera o comprarme una nueva y si algo no tenía en ese momento no era solo fortaleza de espíritu, sino dinero. Fui al baño donde se encontraba la lavadora y pude comprobar que mis palabras les habían importado un carajo, pues se habían llevado la lavadora sin misericordia por mi posición de mendicante y de padre doliente, de destechado al que cualquier costo adicional le afectaría mucho. Emití cuantos hijos de puta me diera el aire que aún tenía, pateé la puerta un par de veces y fui a sentarme de nuevo en el sofá, dispuesto a llorar hasta que me durmiera.

En ese momento sonó el timbre de la casa. ¿Quién sería a esas horas, más de las doce de la noche, en un día de semana? ¿Sería algún cliente del traficante de drogas que vivía en el piso de arriba, con el que me había peleado ya más de una vez por sus negocios turbios, en necesidad de heroína o de cocaína? Me han despertado más de una vez, y no había manera de detenerlos, pues la policía no hacía nada y el dueño de los pisos se desentendía de todo, esperando que cayera el tarado en cuanto algún negocio le fuera mal. Me levanté, fui a la ventana y cuál no sería mi sorpresa al ver a Dragan, mi colega del trabajo, que vivía cerca, y al que veía a menudo en el supermercado o en la calle, fumándose un porro, algo que hacía todo el tiempo. ¿Dragan, a estas horas? El muy desconsiderado, ¿qué carajo quería? Lo menos que deseo en este momento, me dije, es conversar con alguien, abrir la boca, sentarme a discutir cojudeces sin sustancia, como era habitual con Dragan. Hombre inteligente, pero deslavazado, incoherente, afectado por la droga y la vida en el exilio desde que dejara su nativa Croacia para evitar la guerra de secesión. Puta madre, ya me ha visto, no hay nada que hacer, habrá que abrirle y atenderlo, con la esperanza de que se vaya pronto.

Dragan llegó con el entusiasmo que le conocía de siempre, lleno de energía comunicativa. Hola, Dragan, qué sorpresa, qué haces por aquí, ¿no estabas con tu novia, la guapa esa de los ojos azules, tan atractiva, con la que decías que irías a vivir pronto? Pasa, pasa, mi amigo, tómate un trago, que me han dejado botellas llenas de licor del bueno, el que me servirá para olvidarme de todo, hasta de mi nombre, pasa.

-Hola, Fernando, vi tu luz encendida, por lo que me pregunté si no estarías libre para una conversación rápida sobre un proyecto que tengo, amigo, algo que nos hará ricos a los dos.

Dragan siempre tenía proyectos, uno más descabellado que el otro. Yo estaba convencido de que todos eran producto del excesivo consumo de hachís, lo que le hacía vivir en un universo distorsionado por la droga del que no podía escapar. Me dispuse a escucharlo como lo hacía a menudo, pensando en otra cosa, esperando el momento en que se le cansara la mandíbula. Le ofrecí algo de beber, nos decidimos por el licor de cerezas, de nombre extraño, y se puso a explicarme en qué consistía su proyecto. Había estudiado veterinaria en la universidad, pero la guerra le cogió en el último año de carrera y no pudo terminar, pues se largó en cuanto pudo para evitar la conscripción y tal vez la muerte en algún campo de batalla de la ex Yugoslavia. Ahora le atraían las computadoras, los sistemas informáticos, el internet.

Me contó que se le había ocurrido iniciar una especie de red de contactos por internet para unir todas las organizaciones sin fines de lucro y enterarse de lo que iban haciendo, en toda Europa primero, y luego en todo el mundo. Ahora que lo pienso, tantos años

después, se trataba de una especie de Facebook primitivo, que, me aseguró con vehemencia, daría mucho dinero. No entendí bien de dónde vendrían los ingresos, si de fondos holandeses o europeos, si de anuncios publicitarios o de donaciones. Lo más probable es que vinieran solo de la efervescencia de su imaginación y su optimismo sin bridas, desbocado por el uso del cannabino. Hasta me preguntó cuánto ganaba, diciéndome que me pagaría el doble si venía a trabajar para él. Con paciencia que solo pueden dar la amistad, la estupidez o el cansancio, escuché todo su proyecto y hasta asentí a considerar su propuesta, una vez examinadas todas las circunstancias. Dragan apenas podía pagar su piso y la comida, y ya se había peleado muchas veces con varias instancias por pagos morosos, quejas sobre los servicios o desacuerdos que, creo recordar, solo tenían lugar en su cabeza. Los ojos se me cerraban y hasta cabeceé un par de veces, sin que Dragan se diera cuenta de que importunaba. Solo después de una larga exposición, acertó a preguntarme por mi familia.

-¿Dónde están tu mujer y tu hija? ¿De vacaciones?

Dudé si responderle la verdad, para no alargar la conversación. Pero le sabía inmune a algo tan intrascendente como la verdad, por lo que le conté con brevedad que Maria y Fátima se habían ido para siempre de mi vida y que había escuchado su decisión tan solo un par de semanas atrás. No había dicho nada en el trabajo, pues no me pareció educado molestar a los colegas con mis problemas personales. Además, en cierta ocasión en que había tocado el tema, uno de los nuevos colegas, un turco medio antipático y resentido, casi me había resontrado por quejarme y había alabado el coraje de la madre al tomar una decisión así, por lo que decidí callarme. Dragan me escuchó, dijo algunas palabras a manera de conmiseración, y siguió hablando de sus proyectos y sus problemas con las autoridades holandesas.

-¡Ah, me olvidaba! –pude insertar en medio de su monólogo-. Hoy tuve la defensa de mi título de doctor por la Universidad de Ámsterdam, en la iglesia esa que está en Spui, que sirve de lugar de conferencias también. No sé si te lo contaron en el trabajo, pero no invité a nadie, de lo deprimido que estaba. Solo atendieron la ceremonia pocas personas.

-¿Tu defensa del doctorado? Me acuerdo que estabas haciendo algo así, pero no sabía que era hoy. ¿Salió bien?

¿Salió bien? Sí, pude responder a las preguntas del jurado sin desmoronarme o tartamudear demasiado, al final me dieron el puto papel oficial, en el que mi nombre estaba mal escrito, y todos me felicitaron y vinieron conmigo a beber unas cervezas al Café Luxembourg, pero durante todo aquel tiempo sentí como que no estaba, como si todo le estuviera pasando a otra persona, como si todo fuera un juego en el que tenía que participar porque ya me había comprometido a hacerlo, pasara lo que pasase.

-Sí, Dragan, todo fue bien. Mira ese tubo rojo allí, dentro tendría que estar el papel que certifica que soy doctor en letras por la universidad de Ámsterdam, pero todavía tengo que recogerlo. ¿Sabes que los muy ineptos escribieron mi nombre mal en el cartón? Se supone que me llamo Antonius Ferdinandus. No sé de dónde sacaron ese nombre, quizá al ver mis iniciales pensaron que sería más interesante escribir nombres en Latín, no lo sé. Tuve que ir a la oficina del bedel a pedirles que me preparen otro. Con ver mi nombre en la computadora les hubiera bastado, pero al parecer es demasiado trabajo.

-Sé a lo que te refieres, Fernando. ¿O tengo que llamarte Ferdinandus? –bromeó Dragan, liándose un porro-. Tienes que denunciarlos, porque si no, no hacen nada. Quizá alguien quiso sabotear tu doctorado. Nunca se sabe.

Su mente encontraba no solo redes de contactos imaginarias por doquier, sino conspiraciones para desfavorecer a los desamparados extranjeros. Hablamos aún por un rato, de lo corrupta que era la administración gubernamental, y por fin empezó a irse, tras terminar su porro y dejarme la casa llena del humo dulce y espeso del hachís. Hubiera querido acompañarle, pero la droga me afecta mucho y en esos momentos podía incluso llevarme a extremos nada deseables. Seguí con el licor de cerezas, sin embargo, y ya estaba borracho cuando se fue, recordándome su oferta de trabajo, pues con esto nos haríamos ricos, amigo, iríamos a mandar a la mierda a todos aquellos que no habían confiado en nosotros y nos habían puesto trabas, ya verás. Piénsalo.

Volví al sofá, para seguir bebiendo. De pronto, se me ocurrió ver la defensa del título en el video, pues después de la ceremonia me habían dado una grabación de la misma. Si acaso, la contemplación de la defensa intensificó mi sensación de lejanía, pues no me reconocía en aquel hombre demacrado que respondía a preguntas que no importaban a nadie. Había perdido varios kilos, usaba un viejo terno que me había regalado un amigo, gesticulaba con apocamiento. ¿Que a Heidegger no lo había leído Antonio Machado de forma directa, sino a través de un resumen de su obra publicado en tal o cual revista o libro? Pues sí, había leído aquel artículo de Julián Marías en donde se probaba este hecho y me importaba un carajo. ¿Que el esoterismo presente en la obra de Darío es de tipo pitagórico más bien, como prueba Cathy Login Jrade? Seguro, pero ¿quién carajo lee a Darío hoy en día? Lo que quería entonces era abrazar a mi niña y retornarla a casa, meterla a la cama contándole tonterías, dejándola que me toque el lóbulo de la oreja. Toda esa pretensión intelectual me deprimía antes que exaltaba, por lo que apagué el video hacia la mitad de la defensa. Sentí hambre, aunque habíamos ido con uno de mis pocos amigos peruanos a cenar a un restaurante peruano bastante respetable. Serían el alcohol y la falta de sueño. Me terminé la botella del licor aquel, y, borracho, caí por fin en un sueño desprovisto de imágenes, de recuerdos, de intención.

## II

Desperté al día siguiente con una resaca de magnitud cruel y lo primero que hice fue beberme todo el litro y medio de Coca Cola que tenía en el refrigerador, el cual estaba casi vacío. Antes rebozaba de alimentos y bebidas, prestas a servir las necesidades de mi hija, pero ahora solo había un pedazo de queso seco, una media bolsa de ensalada en estado de descomposición, una botella de vino a medio terminar y un puerro que había empezado a desmoronarse. No había cocinado desde que me enteré que mi hija no volvería a vivir en Holanda. Me contentaba con pan duro o galletas crackers y un poco de yogurt con muesli, si acaso. Por lo demás, no tenía hambre. Había leído que algunas personas empiezan a comer como heliogábalos cuando están deprimidas, pero a mí me ocurría lo contrario, el hambre me abandonaba. Es más, la comida me molestaba o sencillamente desaparecía de mi horizonte mental. No ocurría lo mismo con el alcohol, sin embargo, del que hacía uso con profusión las últimas semanas, para detrimento de

mi salud corporal. Mi cabeza me pareció una roca lacerada por grietas que estaba a punto de derrumbarse y cualquier sonido se amplificaba hasta el límite del dolor.

Al menos había podido dormir, ayudado por el licor de cerezas y las cervezas previas de la celebración de mi doctorado. Felizmente era verano, pues el hermano de mi ex se había llevado todas las colchas de cama, dejándome solo las cubiertas, de ligereza elemental. Recordé la defensa del título y me sorprendí de haber podido mantenerme en pie por una hora para exponer la esencia de mi tesis y responder a las preguntas. Tuve suerte con el primer miembro del jurado, un español amigo del director de tesis que hizo una pregunta tan larga que el presidente del jurado tuvo que recordarle de que solo disponían de una hora para la defensa, a diferencia de España, donde las defensas podían durar eternidades. Tal profesor se encargó de consumir una cuarta parte de la defensa, lo cual le agradecí. El siguiente miembro del jurado trató de mostrarse muy listo y de humillarme al lanzar su pregunta sobre la relación de Machado con Heidegger, citando un artículo muy antiguo que seguro pensó que yo no conocería, en lo cual se equivocó, por suerte. Los demás solo hicieron preguntas de rigor, desprovistas de mayor sustancia o amenaza, por lo cual al final todo salió más o menos bien. Sin embargo, en más de una ocasión sentí la tentación de mandar a todos al carajo y de irme a dormir y de decirles que se metieran el título adonde el sol no llegaba, pero tuve que aguantar, pensando en el esfuerzo acometido, en mi hija, a la que le había robado horas de compañía por escribir huevadas sobre literatura, en el aspecto práctico de procurarme mejores oportunidades de trabajo. Al final hasta me sentí orgulloso de lo que había conseguido, a pesar de la tristeza.

Pero quedaba todavía la ridícula tarea de pedir un nuevo cartón con el título, ya que habían escrito el nombre incorrecto, y de ir a pedir firmas con un nuevo cartón con el nombre correcto esta vez, el que tenían que firmar todos los miembros del jurado. Me darían el cartón esa misma mañana, pero luego tendría yo que ir a buscar a todos los miembros para que firmaran, en especial al español antes que volviera a su país. Así que me puse a llamar por teléfono a todos los jurados, haciendo citas en diferentes ciudades, lo cual me tomó un buen tiempo, dado que no todos estaban a tiro de teléfono, y en aquellos tiempos no había teléfonos móviles ni nada parecido, al menos no de la manera generalizada en que los hay ahora. Me tomó el resto de la tarde buscar a los jurados. A todos menos a uno los encontré en la capital. Al que faltaba lo tuve que ir a buscar a la ciudad de Oegsgeest, ciudad de nombre impronunciable y de reputación burguesa. Se trataba del profesor emérito que había intentado humillarme con la pregunta sobre las lecturas heideggerianas de Machado, visita que no acometí con placer. Me dijo que me presentara en su casa después de la comida, pero antes de la cena, recurso típico de la vida social holandesa, para evitar las complicaciones de una visita social demasiado extensa y que suponía cocinar.

Cuando llegué la casa parecía vacía. Me abrió el profesor mismo, ataviado con una bata de estar. Me hizo sentarme en la sala de su casa y empezamos a conversar de cualquier cosa, hasta que de pronto el tema de su hijo salió a relucir. Le conocía. Habíamos coincidido en alguna conferencia, una persona cuya apariencia, por alguna razón, me hacía asociarle con los años cincuenta o sesenta. Tal vez por su peinado o por su rostro algo serio y medio triste. Estaría cercano a la cuarentena cuando lo conocí por mutuos contactos y habíamos hablado un par de veces, en las cuales pude constatar al menos



dos cosas: que se sentía frustrado por no haber podido terminar su doctorado, algo que supuse nunca conseguiría, a pesar de sus declaraciones de que se pondría a ello en cuerpo y alma, y de que vivía aún en un universo cultural perteneciente al pasado, hablando de guerrilleros y de revolución y de imperialismo y de las masas y todo eso. El padre, según pude comprobar en nuestra conversación de entonces, no se sentía menos frustrado de que su hijo no hubiera podido seguir en sus pasos de exitoso catedrático de literatura latinoamericana en Holanda. Además, me enteré aquella tarde, el hijo había inseminado sin querer a una mujer que lo despreciaba y hecho un hijo, que vivía en los Estados Unidos y al que visitaba con regularidad. El profesor emérito de la pregunta humillante me conminó a tener más contacto con su hijo, que necesitaba apoyo moral. Me dije que al hacer su pregunta capciosa y malintencionada no pensó en que yo también necesitaba apoyo moral. Le seguí la corriente toda la tarde, mientras peroraba sobre lo que había hecho en su vida, sus logros académicos, sus polémicas universitarias, sus contactos con estudiosos peruanos de la literatura, de los cuales me recomendó algunos, uno de ellos una mujer que había estudiado en el mismo colegio inglés intrascendente en el que yo había estudiado, residente en Alemania y especialista en literatura antigua del Perú. Tras una larga disertación sobre su vida y milagros, se acordó del motivo que me había traído a su casa y firmó por fin el puto cartón del título. Me despidió recordándome que debía tomar contacto con su hijo, para bien de los dos. No lo hice, sino hasta que me fue inevitable, pues coincidimos un par de meses en la universidad como profesores.

Volví a mi desierta casa con el título correcto y sacramentado por las firmas correctas, y lo dejé en un rincón. ¿Para qué tanta preocupación por un nombre incorrecto, me digo ahora? El título sigue en su tubo de cartón y no lo he mostrado por casi veinte años a nadie, pues no ha sido necesario. Una pura formalidad cuya casi nula importancia no supe apreciar entonces, convencido de que me lo pedirían si postulaba a algún trabajo. La casa vacía me hizo sentir aún más la futilidad de mi esfuerzo. ¿Qué carajo importaban los títulos si mi propia hija de cuatro años se largaba de mi vida? Observé con dolor los espacios vacíos del apartamento donde mi hija había corrido y jugado, donde habíamos celebrado sus cumpleaños y reído con total abandono. La única justificación del esfuerzo que había supuesto escribir una tesis doctoral era la posibilidad de un mejor puesto de trabajo y de un trabajo menos anodino que los que había tenido hasta entonces. Ahora la justificación se había transmutado por el amor paternal: ahora necesitaba todo el dinero que pudiera ganar para visitar a mi hija.

Sin embargo, en aquel entonces, al doctorarme, seguía con un trabajo subvencionado por el gobierno y una paga miserable, apenas por encima del salario mínimo que recibían los desempleados. Cuando decidí empezar a escribir la tesis no sabía muy bien por qué lo estaba haciendo, además del puro orgullo de hacerlo, ya que esa había sido mi intención al venir a Europa, dejando patria, familia y amigos. Entonces mi hija recién había nacido y seguía lleno de ilusiones profesionales, pensando, con buenas razones, que acabaría con un puesto en la universidad, al comienzo de asistente y luego, por qué no, de catedrático de literatura española. Entonces, cuando recuperé mi título de nombre correcto, todavía tenía aquellas pretensiones profesionales, pero los años desmenuzaron tales esperanzas, hasta no dejar más que la elemental necesidad de sobrevivir y seguir amando a mi hija y a mis seres queridos.

Busqué en la caja de los licores que se habían quedado tras el abrupto despojamiento del hermano de mi ex, y cogí la botella de raki turco que se había traído mi ex mujer de Turquía. Decidí beber el raki con hielo, a la manera en que solía beber el anís en España y en Perú, el que hacía volverse blanco al licor. Puse de nuevo el video de mi defensa de título y no pude evitar reírme ante tanta imbecilidad. ¿Qué cojones significaba todo eso, la metafísica de Darío y Machado, y a quién le importaba? Ya que estaba de baja en el trabajo debido a una enfermedad harto pernicioso que me afectó entonces, sabía que al día siguiente podría hacer lo que me diera la gana. Razón por la cual decidí emborracharme de nuevo, agotando la botella del salvaje raki que había quedado. Puse música en mi radiocasete, el cual por suerte no habían embalado en la mudanza los enviados por mi ex, y me eché en el sofá. Música de cítara, del gran Ravi Shankar, la que solía escuchar mucho en mi primera juventud, no pocas veces bajo el efecto de la marihuana.

El raki me recordó el anís que se bebe en Perú, el que bebíamos a ocultas con mis primos de la sierra peruana cuando éramos adolescentes, que venía en botellas pequeñas, y me invadió la nostalgia. Allí estaba, hecho un doctor y un estropajo emocional, queriendo que pasara el tiempo para recibir mi sueldo de verano e irme a ver a mi hija. Antes pasaría por Perú, pues ya había comprado el billete, después de años de ahorro, e iría solo, y hecho una ruina. Hacía un par de días había gastado hasta el último centavo de mi dinero, endeudándome incluso en la tarjeta de crédito, para comprar un billete a Vaasa, una ciudad cuatrocientos kilómetros al norte de Helsinki, situada en la costa occidental del país, en la que había estado solo una vez, para visitar a la familia de mi ex. Después de mi viaje a Perú, iría a ver a mi hija, aunque no tuviera un centavo en el bolsillo.

Desde que se fueran a Vaasa, un mes atrás, había hablado con mi pequeña un par de veces. Entonces no disponía de Skype o de ningún otro método de comunicación digital aparte de los correos electrónicos, solo del teléfono, y pudimos hablar brevemente en holandés, que era su lengua habitual, aparte del finés. El español había tratado de enseñárselo con dedicación supina, pero la mezcla de lenguas había sido demasiada, me imagino, por lo que me entendía lo que decía, pero hablaba la lengua del país en el que vivíamos, la lengua de los otros niños de la guardería, además de la lengua de su madre, que había prendido mejor en su memoria, por razones que supongo evolutivas. La última vez que había tenido a mi hija al teléfono me había dicho, como si fuera algo gracioso, que su madre estaba molesta conmigo. ¿Cómo decirle que había estado molesta los últimos dos años, insistiendo en que ya no me quería y en que debíamos separarnos y que había rechazado dicha proposición por amor a ella, a mi preciosa hija? ¿Cómo contarle en que había incluso logrado que la madre asistiera conmigo a terapia de pareja, a fin de salvar la relación, y que en la primera sesión la madre había dicho que me odiaba, que no había manera en que estuviéramos juntos? No había manera y aún ahora, más de una década después, no sé si lo habrá comprendido.

La música de Ravi Shankar siempre había tenido el efecto de elevarme por encima de las preocupaciones mundanas, pero esta vez solo tuvo el efecto de entristecerme aún más. Sería el raki, pensé, y el puro dolor de saber que mi hija estaba lejos y no vivía más en la misma ciudad en la que yo vivía. Me vinieron a la memoria los últimos días antes de su partida, cuando la primavera empezaba a asomar y el cielo se encendía de

azul, y los días en el parque eran más gozosos y más largos. El día previo a su partida, cuando se fueron en el auto de la madre, cargados de cosas y destinados a volver, había hecho frío, pero el cielo había sido azul eléctrico y el viento movía las arenas del parque de juegos enfrente de nuestra casa. Como siempre, habíamos recorrido todas las atracciones del pequeño parque, Fátima se había columpiado con ardor infantil, mientras que delante suyo me ponía yo para que pudiera empujarme con sus pies y lanzarme hacia atrás como si me hubiera cogido un tren, para su infinita risa, y había trepado al tobogán muchas veces y yo había hecho de monstruo persiguiéndole a ella y a sus amiguitas, las que se refugiaban en unas casitas que tenían pequeñas ventanas, por las que mis bramidos de monstruo se colaban y ellas gritaban y gritaban, y cuando salían las perseguía hasta que se cansaran, y habíamos subido a la torre de madera y trepado por la pirámide de cuerdas, para mi temor y angustia, por si se caía, y pateado la pelota, y cabalgado el pequeño caballo de metal montado en un resorte de metal. Al ir a casa habíamos cantado la canción que le había hecho para esas ocasiones, mencionando el yogurta rico que se tomaría al volver. Y le decía la película que veríamos aquella noche, la última antes que fuera con su madre a su país para que ella se operara. La noche que había resultado la última viviendo en la misma casa habíamos visto por enésima vez una versión en finlandés del patito feo, que le encantaba y que yo no entendía, sin importarme mientras que ella gozara.

Quise mirar televisión, pero todo me resultaba insulso en aquel momento. Había conseguido un título de doctor, del cual mi padre hubiera estado orgulloso si aún estuviera vivo, y sobre el cual mi madre sabía poco, pues para ella lo que importaba era qué beneficio económico brindaría tal esfuerzo, ya que ella venía de la pobreza, de la necesidad y el sentido práctico. Pero yo carecía de todo sentido práctico. Un título de doctor que había venido a la vez que la pérdida de mi hija, que mi conversión en destechado. No quise pensar más y tomé la botella de raki por el pico y bebí hasta que no pude más. Cogí uno de los ejemplares de mi tesis que habían sobrado de los que me pedía la universidad y abrí al azar una página. El coloquio de los centauros, prueba de la influencia esotérica en la obra de Darío. ¿Cómo había podido escribir todo eso? ¿Sin mayores notas o fichas, confiando en la memoria, acicateado por la necesidad de hacerlo, de probarme a mí mismo que podía doctorarme, por mera dignidad?

Al poco tiempo, se empezaron a esfumar mis sentidos. Sabía que la inconciencia sería total. Tomé un par de sorbos más y me quedé dormido.

### III

De las muchas razones que puedo aducir para justificar mi venida a Holanda a residir – en busca de mis raíces, por motivos culturales, por perspectivas profesionales-, una, si debo ser sincero conmigo mismo, resalta sobre todas las demás, por vergonzosa que fuera: yo vine a Holanda para cachar, o dicho en buen castizo, para follar o refocilarme carnalmente todo lo que no había podido hacerlo anteriormente en mi patria o en España, donde había residido unos años. No quiero decir con esto que las otras razones no estuvieran presentes. Nadie que ame la cultura y el mundo intelectual puede ser indiferente a las oportunidades que cualquier país europeo ofrece para disfrutar de estos goces del espíritu. Pero la carne es la carne, y toda mi vida he sido un imbécil para darle

satisfacción, y las historias que había escuchado de Holanda hablaban todas de mujeres de moral más bien laxa y de saludables apetencias sexuales. Además, dada nuestra formación alienada, que privilegia mujeres de tipo europeo sobre las de tipo aborígen, la posibilidad de refocilarme con mujeres de ese tipo acicateaba mis deseos y se apoderaba de mis impulsos.

Para nada, por supuesto. Mis fantasías de Don Juan sudaca en predio norteño no pudieron materializarse más que en un par de ocasiones, una de las cuales con una mujer que ahora me odiaba, según propia confesión, y otra con quien ni siquiera pude follar por falta de condón, y que me rechazó de todas formas, por falta de interés. De modo que de amante tuve poco, y de cultura, diría que aún menos, pues si bien Holanda tiene muchas cosas admirables, de cultura no demasiado, aparte de buenos museos y algún par de espectáculos de vez en cuando. Madrid tenía mucha más cultura que Ámsterdam, pero no es tan conocida como debiera. En Madrid iba al cine por lo menos una vez por semana y nunca faltaban películas excelentes que ver. En Ámsterdam reinan sobre todo los grandes éxitos comerciales.

Pero bien que lo intenté, hacer verdades mis fantasías, casi siempre con resultados indecorosos y frustración mía y de la otra, me imagino. De otro lado, tuve más bien relaciones o encuentros furtivos con mujeres de otra nacionalidad, como una iraní que casi me vuelve loco, o una rusa que me engañó sin misericordia. Pero ya contaré estas historias según correspondan. A lo que llegué a Holanda es a mendigar dinero del gobierno, valga decirlo. Me había enterado por amigos que todo ciudadano holandés tenía derecho a recibir una pensión básica por el simple hecho de ser holandés, lo cual me pareció maravilloso. En España no había recibido dinero de nadie, como no fueran préstamos y donaciones generosas de mis amigos, pero por lo visto la ley amparaba mis deseos de recibir dinero para dedicarme a la investigación literaria, a fin de terminar mi doctorado, tantos años postergado. En realidad, cuando llegué a Holanda, ni siquiera tenía la licenciatura o un bachiller en literatura, porque había abandonado los estudios debido a la falta de dinero y de estabilidad. Mi título de filósofo profesional requería todavía de un par de asignaturas pendientes y de Perú había traído un título inservible de científico loco sin ganas de ejercer. Por lo que el hecho de que alguien me ayudara a completar mi carrera no me supo mal, aparte de la entonces todavía válida perspectiva de refocilarme en la cama como un cerdo.

Así que llegué un buen día de junio del 92, después de un viaje en tren desde Madrid, pasando por París, ciudad en la que una mujer se me acercó para conversar en la estación de tren y, según pude comprobar por la conversación, tenía interés en conocerme mejor, también en el sentido bíblico, pero fui tan estúpido que en lugar de perder mi tren e irme con ella a su casa, decidí embarcarme a Holanda, dejándola con fantasías de un latino en la cama. Primera de mis imbecilidades amorosas, que debieran haberme alertado de las siguientes. El caso es que seguí camino y llegué a Holanda en lo que debiera ser verano, pero se había desatado una lluvia apocalíptica que me obligó a poner mi maleta encima de la cabeza para poder llegar al coche que me llevaría a la casa de la mujer que me había ofrecido alojamiento hasta que me asentara.

Vinieron a recogerme la mujer de marras, Elleke, y su primo, un joven hombrón de dos metros que en cuanto me vio corriendo desafió a los elementos y cogió mi maleta y la cargó como si fuera una mochilita de colegio.

Una vez llegados a su apartamento, tuve que cambiarme de ropa y desaguar mis entrañas, que venían cargadas de un vino francés que había comprado en la estación y que me sirvió de consuelo por mi estupidez al no irme con aquella francesita, de profesión abogada y en busca de amor. Lo cual me hizo comprobar que la amiga de mi hermana, en cuyo apartamento me hospedaría, tenía un baño elemental, algo subido de altura y lleno de posters de Abba, y uno de aquellos calendarios holandeses donde figuran los cumpleaños de todos los conocidos.

Me dijo que podría dormir al lado suyo, en un colchón en el suelo, lo cual no me incomodó. El primo empezó a hablar, mientras usábamos la magia de un par de cervezas holandesas, de su tiempo en el servicio militar, ahora abolido en Holanda. Parecía muy orgulloso de su vida militar y me mostró algunas fotos de su estancia entre los tanques y las metralletas. Me costó reconocerlo, pues entonces tenía el pelo corto, de soldado, y ahora le cubría los hombros en rizados ensortijados. Me preguntó si había hecho el servicio militar y le dije que en Perú solo los cojudos lo hacían, lo cual pude decir en buen peruano, pues el primo había vivido en Perú antes de venir a Holanda hacía unos años. Su madre se había arrejuntado con un alemán medio pendenciero, la había dejado tirada en una hacienda del norte del Perú, y nunca más había dado muestras de vida. A la larga, la madre había comprendido que era lesbiana de naturaleza y se había traído a su hijo único a Holanda, haciendo uso de los servicios de la embajada para repatriar a nacionales perdidos en el mundo.

No pareció gustarle mucho mi comentario sobre el servicio militar y los cojudos, empero, y decidió callar en respuesta. Al parecer se sentía muy orgulloso de haber pertenecido a una compañía de tanques o algo así, porque lo vi encaramado a uno en medio de un bosque. No quise preguntarle, por temor a su reacción, cuál era su opinión sobre el hecho de que Holanda hubiera capitulado en tres días, según creía recordar, tras la invasión alemana en la segunda guerra mundial. ¿De qué servirían dichos tanques si se desencadenaba una guerra atómica? Para conciliarme con él, le expliqué que en Perú mucha gente no hacía el servicio militar, porque era cuestión de lotería, y porque había suficiente gente que lo quería hacer, pues significaba comida y casa gratis por al menos un año. Y para colmo, yo tenía una vista espantosa, de muchas dioptrías, y de adolescente había sufrido del extraño síndrome de Osgood-Slater, por el cual las rodillas se debilitaban y hasta habían tenido que enyesarme toda una pierna para corregir dicho problema. Con dicha explicación, se quedó un poco más tranquilo.

La dueña de la casa, amiga de mi hermana, se iría a Perú en un par de días, para pasar un par de meses en mi tierra, por lo que la casa quedaría a mi disposición por todo ese tiempo. Me imaginé incontables sesiones amorosas en casa ajena, una vez explorara el liberal reino de la naranja, por lo que los próximos días los pasé tratando de no contrariarla en modo alguno. Pero una vez regresé de uno de mis paseos con un gado gado en la mano, un potaje indonesio que había probado un par de días antes, y era domingo, día en el cual se suponía todo cerrado, por lo cual me preguntó de dónde lo había sacado. Le dije que del indonesio de la esquina, tras lo cual se lanzó en una

diatriba en contra de los negocios extranjeros que abrían en domingo, ejerciendo competencia desleal. No comprendí al principio lo que me decía, pero al final comprendí que le molestaba que los foráneos trabajaran más que los locales, por alguna razón. En otra ocasión le conté que me gustaba jugar al fútbol, y que me encantaría encontrar a gente que lo jugaba en la vecindad, a lo cual ella me dijo que tuviera mucho cuidado con quien traía a la casa (como si hubiera pensado en ello), porque nunca se sabía. En otras palabras, aunque conociera a personas de Perú que consideraba amigas, no le suscitaban mucha confianza las otras minorías, por lo que desistí de contarle de mis planes o mis cosas.

Llegó el momento de estar solo en casa, después de haber arreglado mis papeles con la burocracia holandesa, que es de temer. Mi amiga, Elleke, me había ayudado con todos estos trámites, algo que siempre agradeceré. Pero cuando se fue, tuve que ir solo a la seguridad social, y la primera vez que fui a reportarme solo me tocó un señor algo devastado por el tiempo y con obvias trazas de resentimiento, que repitió entre dientes muchas veces que irían a verificar si no tenía una relación con la mujer que me hospedaba, ya veremos, ya van a ver, repetía, como si fuera una obsesión, a lo cual lo único que pude replicar es que viniera cuando quisiera, porque la susodicha me gustaba tanto como un examen de próstata, y además la titular de la vivienda estaba en el extranjero. Eso no impidió que cada vez que tuviera que ir a la oficina de este señor intentara amenazarme o humillarme con comentarios denigrantes, como que todos venían a pedir pero no a contribuir, o como que era muy fácil recibir, pero era a costa del sudor de otros. Todo esto en un inglés precario, pero suficiente como para ser entendido por el destinatario, que era yo mismo.

Una vez arreglados los papeles y partida la dueña de la casa, empecé a explorar la ciudad y a leer todo lo que caía en mis manos. Descubrí la biblioteca municipal y la de la universidad, así que tenía suficientes fuentes de entretenimiento. Pero la vida regalada no era gratis. Tenía que ir a consulta con los servicios sociales en términos regulares y tuve que apersonarme en la agencia de empleos gubernamental. Al inscribirme, una funcionaria, que hubiera hecho las delicias sexuales de este servidor, me preguntó a boca jarro, a qué etnia pertenecía.

-¿Disculpe? –atiné a responder, sin realmente entender la pregunta.

-Que a qué etnia pertenece usted. Quiero decir, ¿cuál es su identidad étnica?

Por alguna razón, la mención de la palabra etnia evoca en mí imágenes de tribus del Amazonas o del Kalahari, de danzas solares o africanos cazando gacelas, algo que, definitivamente, no forma parte de mi experiencia vital. Lo más cerca que he estado de cazar algo o de vestirme como un Masai es haber cazado pajaritos con mi carabina y haberme disfrazado en carnavales. Así que seguí mirándola como si me hubiera hablado en chino.

-Disculpe señorita, ¿quiere usted decir de dónde vengo? Como puede ver en mi pasaporte, nací en Perú. Pero no todos en Perú llevamos plumas en la cabeza.

Mi comentario sarcástico pasó desapercibido, lamentablemente, por lo que la funcionaria siguió preguntando.